

Haciendas y Ranchos

Revista mensual de Agricultura
práctica.

Publicada por la
Compañía Editorial "El Diario," S. A.

Presidente y Gerente General:
ERNESTO T. SIMONDETTI.

Precios de suscripción:

Un año... ..\$ 1 00
Seis meses 0 50
Un número suelto... .. 0 10

Se publica el segundo domingo de
cada mes

No se devuelven los originales.

REDACCION: Damas 6.

ADMINISTRACION: Iturbide 11.

Teléfonos: Mexicana 1593, Ericson 1842.

Apartado, 26 bis.

luciones del terreno; pero no todos conocen la propiedad de las leguminosas, que, al contrario de todas las otras plantas cultivadas —y digo cultivadas, porque hay hongos, algas y líquenes que presentan clases de individuos que también absorben el ázoe atmosférico— pueden utilizar el ázoe libre del aire que respiramos, dotadas como están de los medios aptos á fijarlo y á combinarlo.

Por cierto no son las leguminosas que por sí mismas poseen la facultad de fijar el ázoe libre, sino microbios especiales que viven en sociedad con dichas plantas y tienen la propiedad de absorber y de combinar el ázoe atmosférico.

Dichos microbios, botánicamente considerados, pertenecen á una clase de hongos y no pueden vivir aislados de las plantas porque les falta la clorofila ó sustancia verde que permite á las plantas de asimilarse el carbono del ácido carbónico contenido en la atmósfera y por su conducto completar las funciones nutritivas; por lo mismo tienen necesidad de vivir á costas de organismos superiores en calidad de parásitos ó saprofitos.

El nombre de parásitos se aplica á los que viven á expensas de los organismos vivientes y el de saprofitos á los que se mantienen en los organismos muertos en descomposición.

Ahora bien: los microbios de las leguminosas no pueden ser

ciendas, que muchas veces alcanzan la extensión de una provincia de Europa, viven en los grandes centros, no quieren molestias que consideran inútiles, y dejan que sus administradores, indocitos, la mayor parte de ellos, sigan adelante con las siembras y las cosechas, conformándose con lo que Dios manda y lo que la tierra puede dar. Los pequeños rancheros, entre los cuales con más facilidad se encuentra gente emprendedora y con deseos de progresar, carecen, por lo general, del capital necesario para mover su finca y, con la resignación pasiva de nuestra raza, se conforman con sacar lo poco que pueden, de un terreno mal cultivado, y nunca abonado.

Sin embargo, se viene acentuando cada día más la impelente necesidad de una transformación razonada en los viejos sistemas de cultivo; una nueva corriente de sávia vivificante, determinada por la poderosa impulsión que está recibiendo del Ministerio de Fomento, parece que ha venido á imprimir un desconocido vigor en el amortiguado organismo de nuestros agricultores; muchos están convencidos de que necesitamos prepararnos á nuevas luchas, si queremos evitar una muerte cierta, producto de nuestra ignorancia y de nuestra desidia.

Es un deber, es patriótico, pues, aprovechar este momento oportuno para contribuir á despertar las voluntades inteligentes y activas que dormitan en nuestros agricultores; cooperar á la difusión de los conocimientos prácticos; ayudar á convencer á las clases directivas, á los dueños de las extensas posesiones en que está repartida, en gran parte, la propiedad territorial de la República, del deber social en que están de educar en los nuevos métodos á sus trabajadores, de impulsar el cultivo hasta donde sea posible, de estudiar los medios de producir mucho y barato, de dedicarse personalmente con más constancia y más celo á la formación de un personal capaz de comprender sus nuevos deberes; buscar la manera de utilizar las tierras improductivas con siembras de plantas forrajeras, que den su producto en la estación de las lluvias, con el estudio de los medios más aptos á conservarlas, para que puedan ser aprovechadas en los tiempos en que los pastos escasean: mejorar la industria pecuaria que pudiera por sí sola asegurar la resurrección económica de varios Estados; por fin, perfeccionar nuestras industrias agrarias y crear otras nuevas, todavía desconocidas en nuestro país.

No es cierto que los agricultores mexicanos sean refractarios á una transformación que consideramos de tanta importancia, no solo agraria, sino también económica y social, y que tengan antipatía á todo lo que es nuevo. En todo el mundo la gente de campo siempre ha sido la más desconfiada y no podemos pretender que en México suceda lo contrario; aquí, como en todas partes, los campesinos no pueden ni quieren correr los riesgos de introducir nuevos sistemas, y prefieren, la mayor parte de las veces, seguir con lo viejo conocido, aunque cada año vean escasear sus productos; desconfían de lo nuevo, porque no lo conocen, porque nadie se ha tomado el cuidado de convencerlos de su utilidad, por medio de una propaganda directa, de pruebas en el terreno y de demostraciones prácticas y sobre todo, gratuitas, de su conveniencia.

Tampoco se puede negar que el empleo de las máquinas de agricultura ha tomado un regular desarrollo en muchas de nuestras grandes haciendas; pero no estaríamos en lo cierto si quisiéramos deducir de este hecho la prueba de que hemos tenido un progreso muy notable en los sistemas de cultivo. Desgraciadamente, en muchos casos, sólo se ha logrado cultivar y cosechar, de una manera menos trabajosa, los escasos productos.

No hay que olvidar el principio que rige en la agricultura moderna de que es necesario, no sólo devolver á las tierras los elementos nutritivos que han cedido á las plantas, sino ayudarlas á preparar dichos elementos en condición de ser prontamente absorbidos y asimilados.

La cuestión de los abonos tiene también en nuestra tierra una importancia de primer orden, que merece ser estudiada, tanto bajo el punto de vista científico como bajo el punto de vista eco-